

Sociología Histórica y Relaciones Internacionales. Apuntes para un balance

Jaime PASTOR*

Después de un ya largo período de estimulante desarrollo de la sociología histórica, las valoraciones sobre cuál ha sido su aportación a la Teoría de Relaciones Internacionales siguen siendo diversas. En este trabajo, escrito desde la mirada de un politólogo afín, aunque no vinculado formalmente a ambos campos en presencia, me referiré primero a los orígenes y evolución de ese “mundo” transdisciplinar de investigación para, luego, analizar su diálogo con algunos de los especialistas en Relaciones Internacionales y presentar finalmente cuál es su estado actual el estado actual ante los nuevos desafíos.

Respecto a los orígenes, recordemos que en un primer momento la sociología histórica, en tanto que área específica de investigación y con penetración creciente en el ámbito académico, surge más bien como reacción frente a una sociología convencional y académica que parecía haberse olvidado de la historia para limitarse a analizar y justificar el presente como el único posible e inevitable. Sus inicios se sitúan tras la Segunda Guerra Mundial cuando irrumpen diversos intentos de ofrecer una interpretación alternativa frente a las que aparecían como dominantes en ese momento, vinculadas en mayor o menor medida a las teorías de la “modernización” y del “desarrollo”, pero también al marxismo “oficial”. Así, si Reinhard Bendix, Neil Smelser, Karl Polanyi o Norbert Elias pueden ser considerados pioneros en este ámbito, a ellos se van sumando otros como Barrington Moore, William McNeill, Charles Tilly, Immanuel Wallerstein, Perry Anderson, Theda Skocpol, Michael Mann y Anthony Giddens, entre los más destacados. Todos ellos han publicado obras convertidas en “clásicas” que comparten algunos rasgos comunes, fundamentalmente la voluntad de construir un proyecto que parte de la convicción de que “el compromiso mutuo de la historia y la sociología es un prerequisite analítico para centrar la atención en la simultaneidad que determina la *constitución social* de los acontecimientos y procesos históricos, y la *transformación histórica* de los agentes, instituciones y culturas que

constituyen las realidades que fluyen y a través de las cuales la vida ‘histórica-social’ se va haciendo”¹.

En realidad, también desde la Teoría de Relaciones Internacionales se manifestó ya a finales de la década de los cincuenta, como rememora en un artículo reciente Justin Rosenberg², la preocupación por superar los límites de esa disciplina en reflexiones como las de Stanley Hoffmann y su propuesta de refundarla sobre la base metodológica de la sociología histórica, si bien la renovación de ésta todavía no se había producido.

Para los autores antes mencionados, el nuevo desafío obligaba a cuestionar los paradigmas dominantes en las ciencias sociales y en la historiografía y, por tanto, a superar su compartimentación y separación creciente entre ellas. Quizás la obra de Charles Tilly *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*³ representa uno de los más ilustres ejemplos del recorrido emprendido y de la propuesta de reconsideración crítica y radical de la herencia de la corriente de pensamiento evolucionista del siglo XIX, a la que se subordinaron en gran medida todas las disciplinas. A partir de este balance fue avanzando un proyecto de investigación que queda formulado en los siguientes términos:

“En el caso de los países occidentales en los últimos siglos, el proyecto empezaría por reconocer que el desarrollo del capitalismo y la formación de estados nacionales poderosos e interconectados dominó el resto de los procesos sociales y configuró todas las estructuras sociales. El proyecto continuaría con la localización de tiempos, espacios y personas en esos dos grandes procesos y con el intento de encontrar la lógica de los procesos. Continuaría con el proceso de creación y destrucción de diversos tipos de estructuras por el capitalismo y por el surgimiento de los estados, y después trazaría la relación de otros procesos – por ejemplo, migración, urbanización, variaciones en la fecundidad y formación de los hogares - con el capitalismo y el sistema de estados. Un proyecto complejo, pero muy satisfactorio”⁴.

En resumen, la sociología histórica se proponía y se propone como tarea superar una interpretación evolucionista de los cambios que ha estado generalmente limitada a

un marco nacional-estatal europeo, el cual debería seguir, por extensión, el resto del mundo según las teorías convencionales dominantes. En cambio, como concluye Tilly en la obra mencionada, lo que se sostiene es que “en nuestros días, es difícil imaginarse la construcción de cualquier análisis válido del cambio estructural a largo plazo que no conecte las alteraciones particulares, directa o indirectamente, a los dos principales procesos interdependientes de la época: la creación de un sistema de estados nacionales y la formación de un sistema capitalista mundial. Nos enfrentamos al reto de integrar grandes estructuras, amplios procesos e inmensas comparaciones en la historia”⁵.

Partiendo de la necesidad de responder a retos como el que propone Tilly, se han ido desarrollando varias corrientes de investigación, entre las que podríamos distinguir, siguiendo a Randall Collins⁶, la sociología comparada de las revoluciones (Barrington Moore, Theda Skocpol, Charles Tilly, Jack Goldstone, John Foran, entre otros), los movimientos sociales (Charles Tilly, Doug McAdam, Sydney Tarrow), el desarrollo del estado moderno (destacando, entre todos, a Michael Mann pero también a Tilly o Skocpol) y el “análisis del sistema-mundo” y de la economía-mundo capitalista (Immanuel Wallerstein, André Günder Frank, Christopher Chase-Dunn, Giovanni Arrighi...). La mayoría de estas corrientes se caracterizarían por cierta tendencia a mezclar conceptos weberianos y marxistas en la interpretación de esos fenómenos, siempre desde una perspectiva histórica y dentro de un contexto global.

Esta “familia de corrientes” transdisciplinar ha ido influyendo simultáneamente en unas ciencias sociales y una historiografía que estaban cada vez más hiperespecializadas y también, por tanto, en la teoría de relaciones internacionales. Quizás desde este ámbito, uno de los especialistas que más han resaltado esa contribución haya sido Fred Halliday, destacando la importancia que tuvo en su momento la obra colectiva *Bringing the State Back In*⁷, precisamente porque ayudó a situar el debate sobre la “autonomía” del estado y los cambios históricos más allá del falso debate sobre el “estatocentrismo” predominante en la Teoría de Relaciones Internacionales. En palabras suyas, “el argumento no es el de si somos o no ‘estatocéntricos’ sino el de qué entendemos por estado”⁸. Respondiendo a esa pregunta, obras colectivas como la mencionada confirmaban la necesidad de acabar con la visión

ideal del estado como “totalidad nacional-territorial” para pasar a entenderlo como “un conjunto específico de instituciones coercitivas y administrativas, diferentes del contexto político y social más amplio en el que están situadas”⁹. A partir de ahí Halliday extraía una serie de lecciones que obligaban a reconocer que “la perspectiva sociológica sobre el estado muestra la necesidad de estudiar, en un contexto comparativo, histórico, cómo ha afectado el funcionamiento internacional del estado al funcionamiento interno del propio aparato de estado”¹⁰.

El déficit de la mayoría de los estudios del área de relaciones internacionales para abordar los procesos de cambio desde ese “nuevo” enfoque explicaría, precisamente, su tendencia a menospreciar el análisis de las revoluciones en la historia contemporánea y, en cambio, su opción por centrarse en el papel de las grandes potencias desde un punto de vista meramente “realista”, de lucha por el poder. En este sentido, la obra de Theda Skocpol *Los Estados y las revoluciones sociales*¹¹, con tesis que demostraban la imposibilidad de evitar la separación entre lo interno y lo externo (“el estado es, en suma, fundamentalmente bifacético, como Jano, con un arraigo intrínsecamente doble en las estructuras socioeconómicas divididas por clases y en un sistema internacional de estados”¹²), argumentadas a partir del estudio comparado de los procesos revolucionarios y de sus resultados en Francia, Rusia y China, provocó una verdadera convulsión entre muchos investigadores no sólo de la Sociología y las Relaciones Internacionales sino también de otras disciplinas. Ello no ha impedido que la aplicación de sus postulados a los casos estudiados fuera objeto de controversias y sucesivas precisiones, precisamente por acabar dando demasiado peso a la dimensión internacional o por caer en algunos de los errores del neorrealismo¹³.

No obstante, si bien obras como las mencionadas tuvieron un notable impacto, no hay que olvidar que ya antes el enfoque conocido como “análisis del sistema-mundo” había irrumpido con fuerza como resultado de diversas influencias, entre ellas la teoría de la dependencia, surgida en América Latina desde la CEPAL, y la historiografía de la escuela de *Annales* de Fernand Braudel, con conceptos novedosos como el “tiempo social” y la “larga duración”. Como se sabe, ha sido Immanuel Wallerstein quien ha elaborado el cuerpo teórico y empírico más acabado de esta

corriente, proponiendo que había que analizar el sistema-mundo moderno como una economía-mundo capitalista “cuya combinación da cuenta de sus procesos, todos los cuales están interrelacionados entre sí. Las instituciones básicas son el mercado o, mejor dicho, los mercados; las compañías que compiten en los mercados; los múltiples estados, dentro de un sistema interestatal; las unidades domésticas; las clases, y los grupos de estatus (en la terminología de Weber, lo que algunos han dado en llamar en años recientes ‘identidades’)”¹⁴. En ese marco general se habría ido desarrollando una “geocultura” en la que han actuado distintas ideologías, movimientos sociales y ciencias sociales. La revolución mundial de 1968 habría marcado, según la interpretación de Wallerstein, el inicio de la crisis sistémica contemporánea y de la “geocultura” que ha mantenido la economía-mundo capitalista, abriendo así una era de transición histórica en la que todavía estaríamos¹⁵. En ese nuevo marco también se plantearían dudas sobre la propia utilidad de esta “escuela” ante las nuevas preguntas de investigación surgidas, tal como reconoce el propio Wallerstein¹⁶.

Junto a este autor, André Gunder Frank, Christopher Chase-Dunn, Samir Amín o, desde la geopolítica crítica, Peter J. Taylor, la contribución de Giovanni Arrighi me parece especialmente relevante, como se puede comprobar en obras como *El largo siglo XX*¹⁷ o, junto con Beverly Silver y otros, *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*¹⁸. Su estudio comparado de los distintos ciclos de acumulación y de las sucesivas transiciones hegemónicas que entre cada uno de ellos se han ido produciendo hasta llegar a la que actualmente estamos viviendo, constituye una aportación especialmente rica. Pese a que esta “escuela” ha sido criticada generalmente por destacar la “primacía” de lo económico y relegar a un segundo plano el papel de los estados, habría que precisar que en trabajos como los de Arrighi esa observación debería ser mucho más matizada a la vista, sobre todo, de artículos suyos más recientes¹⁹. Es significativo que con esta corriente estén confluyendo, mediante un diálogo que parece fructífero, interpretaciones de la actual era histórica vinculadas a otros enfoques, como es el caso del materialismo histórico-geográfico que representa David Harvey²⁰, o también del pensamiento “des-colonial”²¹, sin que éste se haya ahorrado las críticas a esta “escuela” por haber reproducido durante toda una etapa un enfoque eurocéntrico del mundo hasta que aparecieron re-visiones en obras como las de Abu-Lughod²² o Gunder Frank²³.

Pero, sin duda, han sido los análisis sobre el estado que fueron apareciendo desde mediados de la década de los setenta y comienzos de los ochenta de autores como Charles Tilly²⁴, Theda Skocpol²⁵, Michael Mann²⁶ y Anthony Giddens²⁷ los que han tenido un mayor impacto en la reconsideración del concepto de estado y de su autonomía dentro de las relaciones internacionales, así como para tener en cuenta los nuevos actores y los procesos de cambio radical que se han ido produciendo en el mundo²⁸.

No es fácil precisar las variantes de los distintos análisis del estado procedentes de la sociología histórica que se han ido desarrollando a partir de los ya mencionados, pero parece acercarse a la realidad la siguiente clasificación de Jeff Goodwin²⁹: una sería la “*state-autonomy perspective*”; otra, la “*state-capacity*”; otra, la “*political-opportunity*”, y finalmente, la “*state-constructionist perspective*”. La primera, conocida también como teoría estructural, se encuentra en trabajos como los iniciales de Skocpol y Mann; la segunda, en los de Mann sobre los distintos recursos del poder; la tercera, en Tarrow y la “estructura de oportunidad política”, mientras que la última ligaría con el enfoque que Skocpol define como “*toquevilliano*” y que en la actualidad parece tener especial acogida.

El “modelo IEMP” de Mann

Probablemente, el trabajo que se puede considerar con mayor ambición teórica y empírica en lo que se refiere a la necesidad de una nueva interpretación del estado “como un lugar y un actor al mismo tiempo” haya sido, al menos hasta ahora, el de Michael Mann. Este investigador ha desarrollado una teoría propia sobre las fuentes del poder social en dos gruesos volúmenes³⁰ que se han convertido en una verdadera referencia para el debate no sólo dentro de la Sociología Histórica sino también en otras disciplinas, entre ellas las Relaciones Internacionales. Buena prueba de ello se encuentra en la reciente publicación de la obra colectiva *An Anatomy of Power. The Social Theory of Michael Mann*³¹, donde estudiosos de muy diversas áreas comentan diferentes aspectos de las aportaciones que ha hecho hasta el momento. Por eso, aun no siendo objeto de este artículo exponer con amplitud su teoría sobre el poder, sí parece

necesario resumirla brevemente con el fin de poner de relieve lo que puede ser más útil para el tema que aquí nos ocupa.

Michael Mann parte de la tesis de que “la sociedad” como tal no existe. Más bien, lo que hay son, fundamentalmente, “redes organizadas de poder” que se interconectan y reconfiguran dentro y fuera de las fronteras de los estados y de las relaciones entre las clases. Esta afirmación que constituye una crítica al enfoque predominante acotado a las “sociedades-estado nacionales”, es desarrollada a través del largo recorrido histórico que hace a partir de la aparición de la civilización y los estados en Mesopotamia hasta la Primera Guerra Mundial del siglo XX, estando pendiente un tercer volumen en el que llegaría hasta el momento actual.

Mann ofrece algunas distinciones relevantes de las dimensiones que puede adoptar el poder – intensiva y extensiva, autoritaria y difusa - para sostener luego que existen cuatro fuentes sustantivas de poder social: la ideológica, la económica, la militar y la política, convencionalmente conocidas como “modelo IEMP de organización del poder”. El poder ideológico (término que prefiere frente a los de “cultura” o “discurso”) “procede de la necesidad humana de dotar a la vida de un significado último, compartir normas y valores, y participar en prácticas estéticas y rituales”³²; incluyendo, por tanto, en él las religiones, el liberalismo, el socialismo y el nacionalismo, siendo predominantemente difuso y distinguiendo entre las ideologías “transcendentes”, las “inmanentes” y, en sus estudios más recientes, las “institucionales”. El poder económico “nace de la necesidad de extraer, transformar, distribuir y consumir los recursos de la Naturaleza”³³, combinando poder intensivo y extensivo, así como también poder autoritario y difuso. El poder militar “es la organización social de la fuerza física. Nace de la necesidad de organizar la defensa y la utilidad de la agresión”³⁴, combinando aspectos intensivos y extensivos pero basándose en una organización militar por naturaleza autoritaria y “concentrada-coercitiva”; más tarde, precisará la definición de poder militar como “la organización social de la violencia letal concentrada”³⁵. El poder político, en fin, “surge de la utilidad de una regulación centralizada y territorial de la vida social. En definitiva, poder político significa poder *estatal*”³⁶, siendo fundamentalmente autoritario. Mann introduce a continuación, como

ya hizo en trabajos anteriores³⁷, la distinción entre dos tipos de poder estatal: el “poder despótico” (“poder distributivo de las elites estatales sobre la sociedad civil”) y el “poder infraestructural” (“la capacidad institucional de un estado central, despótico o no, para penetrar en sus territorios y llevar a cabo decisiones en el plano logístico”)³⁸.

Partiendo de un enfoque multicausal que él mismo asume definir como “materialismo organizativo” y, por tanto, de que “la lucha por el control de las organizaciones de poder ideológico, económico, militar y político constituye el drama más importante del desarrollo social”³⁹, Mann se centra en un repaso de las distintas teorías sobre el estado moderno – la de las clases, la pluralista, la elitista, la institucional - para pasar a proponer su propia teoría – a la que él mismo define como “teoría del embrollo” -, basada en las cuatro características relevantes que, según ha tratado de demostrar empíricamente, comparten todos los estados: 1) su centralización territorial; 2) el hecho de ser, al mismo tiempo, “un lugar, unas personas, un centro y un territorio”; 3) una variedad de instituciones estatales que desempeñan “distintas funciones para los distintos intereses de los grupos localizados dentro de su territorio” y 4) la existencia de un conjunto de relaciones políticas entre un estado determinado y otros estados; es decir, la geopolítica⁴⁰. Esta geopolítica se subdividiría, a su vez, en “dura” (la centrada en la guerra, la paz y las alianzas) y “blanda” (la que tiene que ver con las negociaciones en otros campos, como el económico o el ambiental)⁴¹. Apoyándose en esa teoría Mann analiza la formación y evolución de las clases y de los estados nacionales hasta la Primera Guerra Mundial concluyendo que se ha ido produciendo “el desarrollo entrelazado y no sistémico de las cristalizaciones estatales: capitalista, representativa, nacional y militarista”⁴².

Mann ha ido ampliando sus campos de investigación al tiempo que ha ido precisando y matizando sus tesis en otros trabajos. Nos parece importante resaltar el hecho de que, pese a estar todavía pendiente su tercer volumen sobre *Las fuentes del poder social*, haya presentado nuevos estudios que, previsiblemente, formen parte de él, ya que tratan sobre la evolución del movimiento obrero durante el siglo XX, el fascismo, la “limpieza étnica” (analizada como “el lado oscuro de la democracia”) o, lo

que más puede interesar aquí, la “globalización” y el papel de la superpotencia estadounidense.

En lo que se refiere a la “globalización”, Mann ha tratado de diferenciarse, principalmente, de las tesis sobre el declive irreversible del estado-nación de los que define como “globalistas incondicionales”. Por el contrario sostiene que habría que analizar en detalle cómo se están mezclando las distintas redes socio-espaciales de interacción social, entre las que diferencia las locales, las nacional-estatales, las internacionales, las transnacionales y las efectivamente globales para ver los impactos diferenciales, las tendencias que socavan y las que refuerzan a los estados-nación, así como los procesos y trayectorias que refuerzan a unas y otras redes. Su diagnóstico es que “la extensión del norte y, en definitiva, la globalización, ha dependido de los estados-nación que se han beneficiado de ella y, a su vez, los ha afianzado. Esta forma de globalización refuerza las redes de interacción nacional”⁴³. No obstante, reconoce que “Europa ha experimentado un cambio político y económico, con un notable descenso de la autonomía particularista y la soberanía de sus estados-nación”⁴⁴, si bien insiste en que sigue siendo, a pesar de todo, una asociación de estados-nación.

En su análisis del contexto internacional tras el 11-S de 2001⁴⁵, Mann se esfuerza por actualizar su “modelo IEMP” para interpretar la “globalización” como “la expansión de esas cuatro redes de interacción, cada una de las cuales puede tener fronteras, ritmos y resultados diferentes, extendiendo distintas formas de integración y desintegración a lo largo del planeta”⁴⁶. Desde su punto de vista, la “globalización” económica ha introducido una línea de ruptura a través de la configuración de un “imperialismo ostracista” y una “norteización”, acentuando las desigualdades en crecimiento y riqueza mientras, no obstante, los estados se mantienen como redes de interacción económica en la medida que proporcionan la mayor parte de la regulación política que el capitalismo precisa. En cuanto al poder militar, la hegemonía alcanzada por Estados Unidos no tendría precedentes históricos pero el consenso que en torno a ese “paraguas” existe en el norte tropieza en el exterior con dos líneas de ruptura: por un lado, determinadas potencias regionales (Rusia, China, Irán, Pakistán, India) y, por otro, una “revolución subversiva en lo que respecta a las ‘armas de los débiles’”⁴⁷, siendo el

11-S el ejemplo más espectacular; se configura así un mundo dual en el que coexisten “zonas de paz y zonas de turbulencia”. En el plano político, el fracaso del “desarrollismo” estaría debilitando la legitimidad de los gobiernos y de la democracia, y se combinaría a su vez con los conflictos étnico-religiosos. Son precisamente los movimientos étnicos y religiosos (especialmente, el “fundamentalismo de combate” en el mundo islámico) los que desafían más abiertamente la relativa “convergencia hacia una única cultura global del norte en el ámbito del consumismo, el humanismo liberal y la lengua inglesa”⁴⁸.

En *El Imperio incoherente. Estados Unidos y el nuevo orden internacional*⁴⁹ trata de aplicar al caso estadounidense ese mismo “modelo IEMP”, llegando a la conclusión de que “el imperio estadounidense resulta ser un gigante militar, un conductor desde el asiento de atrás de la economía, un esquizofrénico político y un fantasma ideológico”⁵⁰. Desde esa caracterización considera que con la Administración Bush actual se va a producir una “incoherencia imperial y un fracaso de la política exterior” que no necesariamente podrían llevar a la pérdida de la hegemonía estadounidense. La prueba de fuego de lo que define como “el nuevo militarismo” imperialista se encontraría en el área verdaderamente problemática de Oriente Medio, en donde prevé que se produzca ese fracaso, ya que “no serán los poderosos europeos sino los enclenques árabes y musulmanes los que dejen al descubierto el punto débil del militarismo estadounidense. Por desgracia, antes tendrán que sufrir considerablemente”⁵¹.

Muchos son los aspectos y matices que quedan fuera de esta sucinta exposición de las tesis de Michael Mann, pero de ella no es difícil extraer la conclusión de que el conjunto de su obra⁵² constituye, sin duda, una contribución enormemente innovadora que ha llevado incluso a algunos a considerarle un nuevo Max Weber, pero a la vez ha provocado muchas críticas y polémicas. Un primer punto especialmente controvertido ha sido la introducción por parte de este autor del poder militar como una fuente separada del poder social, a diferencia de lo que era común tanto en Marx como en Weber o Durkheim. Ésta es precisamente la principal crítica que le hace Gianfranco Poggi⁵³, quien, aun reconociendo el papel de lo militar en muchos conflictos y su

tendencia a la autonomía, considera que no se le puede atribuir el mismo estatus que al poder político, al económico o al ideológico, precisamente porque su grado de autonomía se da dentro del marco del poder estatal en general y no fuera de él. En el mismo sentido se pronuncian otras críticas, partidarias de mantener lo que Poggi mismo recuerda como la “Santísima Trinidad”. Mann se ha mantenido, no obstante, firme en su defensa de la relevancia del poder militar, aun reconociendo que los estados más violentos y arbitrarios se saltan cualquier distinción entre poder político y militar; para ello ofrece como ilustración la importancia de éste último a la hora de comparar a las diferentes grandes potencias en la actualidad, particularmente la estadounidense, la alemana o la japonesa.

Desde la Teoría de Relaciones Internacionales tiene interés la utilización que Linda Weiss⁵⁴ ha hecho del concepto de “poder infraestructural” para tratar de comprender la capacidad transformadora de los estados modernos; es decir, su habilidad para coordinar el cambio estructural económico en respuesta a las presiones externas. A partir de ahí, Weiss ha propuesto el concepto de “interdependencia gobernada” para definir la red de relaciones de colaboración que se establecen entre el gobierno y el mundo empresarial en el objetivo común de llevar a cabo proyectos transformadores. Al igual que el “poder infraestructural”, la “interdependencia gobernada” implicaría “una relación *negociada* en la cual el estado y los actores de la sociedad civil mantienen su autonomía”⁵⁵. Desde esa reformulación de las relaciones entre el estado, la economía y la sociedad civil, Weiss sostiene que la “globalización” no ha disminuido la utilidad social del estado y, por tanto, su margen de maniobra, si bien éste depende del tipo de “instituciones domésticas”⁵⁶ existentes en cada país, y ofrece para ello argumentos consistentes, aunque generalmente referidos a los grandes estados. Esa es la crítica que le hace Mann, quien insiste en que “la globalización ni constriñe ni da mayores posibilidades (a los estados), ya que no es un agente. La globalización es plural y contiene muchos agentes. Algunos de ellos pueden constreñir (...). Pero veo pocas constricciones en el norte que vengan de los capitalistas globalizadores”⁵⁷.

John M. Hobson ha llamado la atención desde hace tiempo sobre la aportación de la Sociología Histórica y de Mann, en particular, al estudio de las Relaciones

Internacionales, así como al cuestionamiento del paradigma neorrealista dominante en ese área. Éste era un paradigma ahistoricista y negaba las discontinuidades y rupturas, por lo que aparecía como una herramienta escasamente útil tras el final de la “Guerra Fría” y la entrada en la “globalización”, ya que dejaba fuera el papel de la “agencia”, ignoraba la incidencia de los procesos sociales y era, en definitiva, reduccionista⁵⁸.

Para superar ese neorrealismo, Hobson considera que el análisis de las redes de poder y el modelo multicausal IEMP de organización del poder se han mostrado especialmente útiles. No obstante, observa que en Mann se desliza a veces un análisis neorrealista de las relaciones internacionales, en concreto cuando se refiere al auge y declive de las grandes potencias o cuando asimila la geopolítica con las relaciones internacionales, si bien en otros aspectos observa coincidencias con la Escuela Inglesa de Relaciones Internacionales, en particular con Hedley Bull y Martin Wight en cuanto a la definición que formularon de la “sociedad internacional” y la competencia o/y cooperación entre los distintos actores para establecer instituciones normativas de comportamiento. En su opinión, Mann debería profundizar más en estos terrenos, a la vez que tratar de confluir con un enfoque constructivista de lo social, basado en la *definición* (no la *defensa*) de los intereses de los agentes, y dando más relevancia al estudio de los procesos ideológicos y de construcción de las identidades.

En la obra de Mann aparece, como no podía ser de otra manera, un tema especialmente polémico que afecta no sólo a la historia de las relaciones internacionales sino a muy diversas disciplinas. Me refiero a la interpretación que hace de los factores que explicarían el ascenso de Europa occidental y de la “modernidad”, tal como es configurada por aquélla, así como el por qué esto no se produjo en otras regiones del mundo, particularmente en Asia. Se trata, sin duda, de un debate ya “clásico” (que aparece en varios artículos de la obra coordinada por Hall y Schroeder), difícil de resumir aquí y permanentemente abierto. En él las tesis de Mann sobre el “despegue británico-europeo” se ven confrontadas con las de Robert Brenner e Isett, por un lado, y con el nuevo “revisionismo asiático” (Gunder A., Goldstone J., Hobson J. M), por otro; pero también se diferencian de las de Eric Jones y, sobre todo, de las de David Landes, pese a que algunos han tendido a asimilarle con éstos últimos. Ha sido precisamente

esta afinidad a las tesis del “excepcionalismo europeo” (y, por ende, la presunta superioridad europea que se derivaría de éste) la que ha llevado a algunos críticos a acusar a Mann de “eurocentrismo”.

Ese es el caso de Hobson, quien ha presentado una contribución a esta controversia – y, por ende, a la Sociología Histórica y comparada - en *Los orígenes orientales de la civilización de Occidente*⁵⁹ que propone un nuevo marco de interpretación del ascenso europeo. En ella se puede encontrar una crítica, basada en un muy amplio conocimiento de la historia mundial, del doble mito del estado liberal-democrático racional de Occidente y de la gran línea divisoria entre Oriente y Occidente de 1500 a 1900. Frente a esa versión dominante reivindica “la historia olvidada de cómo Oriente permitió la ascensión del Occidente moderno”⁶⁰, después de una “globalización oriental” que duró desde el año 500 hasta 1800: “sin la existencia de una economía global y de una globalización oriental muchas de las carteras de recursos más avanzadas de Oriente no habrían podido ser transmitidas a Occidente. Y sin esas carteras de recursos, los europeos tal vez hubieran continuado en la periferia atrasada de la economía global liderada por africanos y asiáticos”⁶¹. Sin embargo, no por ello comparte las tesis de otros autores “anti-eurocéntricos”, ya que reconoce el papel de Europa como agente activo en la medida que consigue apoyarse en esa “globalización oriental” desarrollando lo que define como una “inquietud racista” (no “racional”) en su lucha por expoliar y explotar los recursos de Oriente – tierras, mano de obra y mercados -, entrando ya entonces en juego factores y acontecimientos contingentes que permitieron que Europa culminara su carrera y desembocara en su industrialización⁶².

Reconsideraciones críticas de la historia como ésta, haciéndola más “pluriversal”, ayudan también a relativizar mucho más el término “globalización” para caracterizar la era histórica actual y obligarían más bien a hablar, en todo caso, de una era de transición en la que el proyecto de “occidentalización del mundo”⁶³ emprendido ya hace tiempo se encuentra sometido a profundas contradicciones, tensiones y resistencias. Por eso esta obra puede servir también para abordar mejor debates contemporáneos como las relaciones entre “Occidente”, “Oriente” y el “Sur”, así como

para rebatir el discurso del “choque de civilizaciones” que desde la presunta superioridad histórica y moral “occidental” se predica.

La nueva “globalización”, los estados y las viejas y nuevas preguntas

Si bien hemos centrado la atención en la contribución teórica de Mann, existen sin duda otras aportaciones de notable interés procedentes de otros investigadores ubicados dentro de la Sociología Histórica como Tilly, Skocpol, Hall, Gladstone, entre otros. Pero el debate suscitado por Mann nos parece ya suficientemente ilustrativo de los esfuerzos por tender puentes entre una de las más relevantes corrientes de la Sociología Histórica, por un lado, y determinados estudios de Relaciones Internacionales, por otro, enlazando a su vez con la relativa recuperación de análisis como los de Hedley Bull⁶⁴ y su hipótesis sobre un “nuevo medievalismo”, los enfoques constructivistas o las nuevas visiones de la “globalización” que obligan a reubicar el papel de los estados y de otros actores políticos, sociales, económicos o ideológicos dentro de los procesos de cambio que vivimos contemporáneamente.

Es el fenómeno mismo de lo que se ha dado en denominar convencional e interesadamente “globalización” el que ha generado nuevas polémicas sobre la utilidad de la Sociología Histórica para interpretarla. En ese sentido, tiene interés traer aquí algunas reflexiones de diversos estudiosos de las relaciones internacionales y, en particular, las de John M. Hobson⁶⁵ y Martin Shaw⁶⁶. Mientras el primero ha insistido en la necesidad de extraer seis principios de la sociología histórica weberiana (la atención a la relación entre historia y cambio, la multicausalidad, la multiespacialidad, la autonomía parcial, la complejidad del cambio y una concepción “no realista” de la autonomía estatal) que deberían ser tenidos en cuenta por los “internacionalistas”, el segundo considera que esas propuestas tienen que ver ya más con el pasado; es decir, con las viejas categorías nacional-internacional, las cuales ya no sirven para reconocer las variables del nuevo orden como las redes globalizadas de autoridad, las políticas que se están legitimando globalmente, los mercados globales, las comunicaciones globales y los movimientos sociales globales.

El desacuerdo de Shaw con Hobson no significa una crítica a la Sociología Histórica, ya que ésta lo es del pasado y para ello ha sido extremadamente útil, especialmente mediante aportaciones como las de Mann, puesto que han ayudado a comprender los distintos recursos del poder y a liberarse de la asociación entre la nación y el estado o de conceptos mitificados como “soberanía”. Tampoco supone estar de acuerdo con las tesis liberal-pluralistas de Keohane o Nye ni con las de otros enfoques (Falk, Cox, Gill, van der Pijl) que tienden a subestimar el papel de los estados o consideran que estamos en una etapa “post-estatista”. Por eso, con el fin de superar el *impasse* actual entre esas viejas y nuevas respuestas, parece oportuna la propuesta de Shaw de una “tercera ola de sociología histórica” que rompa con los dualismos nacional-internacional y ayude a comprender las transformaciones de la “era global” emergente. Para ello haría falta una nueva síntesis de las Relaciones Internacionales que fuera efectivamente más allá del “estatocentrismo” y de la fallida comprensión de los estados desde unos enfoques realistas que consideraban al estado como “estado-nación” y al sistema de estados como una realidad muy aislada de las fuerzas sociales⁶⁷.

No obstante, la nueva teoría del estado global desarrollada por Shaw⁶⁸ también se ha mostrado enormemente polémica. Con ella se refiere a la configuración de un nuevo conglomerado estatal occidental, basado en formas institucionales tanto regionales como globales, con una vocación de dominación global; el cual contrastaría con la existencia de estados “casi-imperiales” y otros “nuevos” o/y “casi-estados”. Shaw no niega que existan contradicciones en la tendencia a la consolidación de ese conglomerado estatal occidental, constituido por un conjunto de instituciones y formas de asociación de todo tipo y encubierto bajo el eufemismo de “comunidad internacional”, pero es un hecho que está funcionando pese a que el “nuevo modo de guerra estadounidense” (que, según él, tendería a una “israelización” – y, por tanto, a una “palestinización” - de, al menos, algunas grandes potencias y regiones del planeta) podría estar tropezando con límites cada vez más visibles⁶⁹.

Esa discusión ha proseguido en otros artículos y obras individuales y colectivas, destacando entre ellas *Historical Sociology of International Relations*⁷⁰. En ella se expresan distintos puntos de vista (neoweberianos, constructivistas, análisis del sistema

mundo, materialismo histórico crítico, teoría crítica, posmodernismo y realismo estructural) sobre el balance y el futuro de lo que Hobden y Hobson ya proponen que se defina como “sociología mundial”; es decir, “un enfoque crítico que rechaza tratar el presente como una entidad autónoma fuera de la historia y que insiste, en cambio, en insertarlo dentro de un lugar específico socio-temporal, ofreciendo así remedios axiológicos a las ilusiones ahistóricas que el cronofetichismo y el tempocentrismo producen”⁷¹. Las aportaciones del enfoque constructivista en esta obra, con sendos artículos de Michael Barnett⁷² y Christian Reus-Smit⁷³ han sido también polémicas, ya que consideran que tanto los enfoques de Mann como los de Hobson no han dado suficiente relevancia a las ideas en la constitución de las preferencias de los actores y tampoco están teniendo en cuenta la nueva configuración de instituciones internacionales que, pese a sus limitaciones, han generado su propia burocracia y no pueden ser reducidas a meros instrumentos de los estados o de uno en particular. En ese marco interpretativo tiene sentido la distinción que hace Reus-Smit entre “*purposive change*” y “*configurative change*” en el sistema internacional.

El balance que de la relación entre la Sociología Histórica y la Teoría de Relaciones Internacionales se hace desde el marxismo es distinto de los anteriores. Así, por ejemplo, aun reconociendo que la tarea propuesta por Hoffmann ha sido ampliamente abordada, como se observa en trabajos como los presentados en la obra coordinada por Hobden y Hobson, Justin Rosenberg considera que el gran problema de ambas áreas – y de la teoría sociológica clásica en general, incluido Marx - está en que se sigue eludiendo una genuina definición sociológica de “lo internacional”. Por eso mismo ni Giddens ni Mann ni Skocpol extraen todas las consecuencias de su crítica al marco teórico predominante de la “sociedad-estado-nacional”; ni tampoco el concepto de “sociedad internacional” de Bull (con su defensa de una autonomía de las relaciones internacionales, pese a su acertada crítica a la falacia de la analogía doméstica) le parece una respuesta satisfactoria. La alternativa se encontraría en profundizar en la teoría del desarrollo desigual y combinado, tal como trata de demostrar aplicándola al caso ruso (partiendo no sólo de los análisis de Trotsky sino también de los de Perry Anderson) para llegar así a elaborar “un marco conceptual que, procediendo a partir de la estructura relacional de las sociedades como *explanans* (sociología), incorpora

sistemáticamente el significado causal de su interacción asincrónica (internacional) dentro de una explicación de su desarrollo individual y colectivo al igual que del cambio a lo largo del tiempo (historia)”⁷⁴. Habría que ver hasta qué punto y en qué aspectos esta propuesta se distingue de algunas vinculadas al análisis del sistema-mundo, especialmente de las de Arrighi o de las de Harvey.

También cabría mencionar la reflexión que desde la Teoría Crítica se hace sobre la utilidad de la Sociología Histórica para el estudio de las relaciones internacionales en la “nueva era”. Ubicándose dentro de esa corriente, E. Fuat Keyman se muestra especialmente crítico de las aportaciones de Giddens, Mann y Skocpol, ya que las considera cargadas de esencialismo institucionalista y reduccionista en su visión de los estados. No obstante, considera que éstos, junto con la acumulación de capital, la modernidad como proyecto hegemónico y el proceso de “*othering*” o de construcción histórico-ideológica de la “otredad”, son los aspectos constitutivos del sistema internacional que hay que estudiar. En ese marco analítico, el estado debería ser visto como “un conjunto de instituciones con su propia especificidad espacial y temporal, y como un lugar en donde la condensación de las prácticas políticas tiene lugar. Esta visión nos ayudaría a comprender por qué el estado constituye el lugar de la división más fundamental entre dentro y fuera en la medida que actúa como un lugar de soberanía con su especificidad institucional y territorial”⁷⁵. Partiendo de una crítica del patriarcado y del eurocentrismo dominantes en las ciencias sociales, E. Fuat Keyman propone una “teoría social crítica de las relaciones internacionales” que recoja lo positivo de los análisis de procedentes de la Sociología Histórica para hacerlos confluir con otros enfoques críticos, en particular los vinculados a la genealogía del poder de Foucault, a la crítica feminista del patriarcado y a los estudios postcoloniales, para así estimular un pluralismo teórico “*without foundations*”, capaz de problematizar y no dar respuestas simples ante un proceso de globalización lleno de contradicciones, ambigüedades y contingencias. Con ese enfoque coincidiría bastante Steve Smith (2002), quien insiste en que la corriente dominante en la Sociología Histórica ha sido demasiado materialista y racionalista, y no ha desarrollado una sociología genealógica del poder.

Movimientos sociales y cambio de escala en la contienda política

Otro objeto de especial reflexión en el nuevo contexto es el que tiene que ver con la relación entre la “globalización” y los movimientos sociales. Uno de los pioneros en la investigación en este campo es Sidney Tarrow, el cual, en obras como *The New Transnational Activism*⁷⁶, desarrolla un amplio estudio de la relación entre el nuevo activismo transnacional y la actual ola globalizadora dentro de la estructura cambiante de la política internacional. Su análisis parte de un marco teórico en el que trata de hacer confluir tres enfoques procedentes de la Teoría de Relaciones Internacionales - la teoría de la “interdependencia compleja”, la de la economía política internacional y el papel de las “instituciones domésticas” y el constructivismo - con la teoría de los movimientos sociales, tal como la han madurado McAdam, Tilly y él mismo⁷⁷, con el fin de dar un nuevo paso adelante que permita analizar la dinámica de la contienda política transnacional. Esta abarcaría aquellos “conflictos que ligan a los activistas transnacionales entre sí ante los estados y las instituciones internacionales”⁷⁸.

Según Tarrow, estaría dándose un proceso de cambio en la escala de la contienda política mediante una nueva relación entre lo local, lo estatal y lo global con ocasión de los distintos conflictos y movilizaciones sociales que surgen contemporáneamente: ninguna de esas escalas desaparece pero hay una interacción más estrecha entre todas ellas que constituye, precisamente, la base sobre la que actúa el nuevo activismo transnacional, cuya manifestación más visible estuvo en la jornada del 15 de febrero de 2003 contra la guerra de Irak. Con acciones colectivas como ésta se reflejaría, precisamente, la extraordinaria expansión de los actores no estatales para organizarse más allá de las fronteras e interactuar tanto con los estados como con las instituciones internacionales, con la ayuda, eso sí, de Internet como vehículo de difusión pero sin que éste haya sustituido el necesario trabajo en red interpersonal.

El caso de la Unión Europea ofrece a Tarrow un ejemplo de “*composite polity*” en la que se dan alineamientos diversos, clasificables en cuatro formas diferentes: nacionales-supranacionales, supranacionales-locales, populares-nacionales y, finalmente, la configuración de coaliciones transnacionales. De esta forma se darían

distintas escalas de conflicto o contienda política, si bien lo que se puede observar es su tendencia a mezclarse entre sí y a crear nuevos marcos de un activismo transnacional que, aunque episódico y contradictorio, puede tener su impacto en las políticas internas locales o estatales.

Como conclusión de su estudio, lo “nuevo” de ese activismo transnacional estaría en las nuevas actitudes “globales” emergentes (como se comprueba en la mayor atención a los niveles continental y global de los jóvenes en comparación con los mayores), en las nuevas formas de organización (con el apoyo en Internet y en una mayor facilidad para crear coaliciones *ad hoc*), así como en la mayor posibilidad de ir cambiando de una campaña a otra y en el auge de organizaciones del movimiento mucho más diversas que en el pasado.

Pero lo que tiene también especial interés en este trabajo es el recorrido histórico que hace antes de llegar a estas conclusiones y que le permite recordar que el “activismo transnacional” (entendido como ese subgrupo de personas y grupos a los que denomina “*rooted cosmopolitans*” que tienen un arraigo real en sus contextos específicos nacionales pero que se implican en actividades relacionadas con la “contienda política” que las vinculan a redes transnacionales de contactos y conflictos) tiene muchos precedentes, aun reconociendo la diferencia que supone el hecho de que, como ya adelantaba al final de *El poder en movimiento*⁷⁹, con la nueva era abierta en 1989 ya no sólo los activistas sino muchos movimientos sociales vayan dejando de ser “prisioneros del estado” cuyas tres políticas básicas – hacer la guerra, recaudar impuestos y proveer alimentos -, como recuerda el propio autor, crearon precisamente los escenarios para la emergencia histórica de los primeros movimientos sociales.

No obstante, al igual que Shaw, Tarrow no considera que se haya superado el estado o que nos encontremos ante la configuración de una “sociedad civil global” sino que, más bien, se estaría dando “un conjunto de procesos y mecanismos identificables que interfieren en políticas internas para producir nuevos y diferentes caminos de cambio político” en el que intervienen muy diferentes actores pero donde los estados siguen siendo relevantes⁸⁰.

A la vista del actual estado del mundo y del desarrollo de los movimientos “antiglobalización”, de nuevos movimientos populares sociales y/o político-militares en determinadas regiones y, aun siendo de naturaleza muy distinta, de redes político-militares de ámbito transnacional con ideologías integristas, la investigación sobre las peculiaridades de estos distintos actores no estatales y las nuevas dinámicas de contienda política que generan con los estados, las grandes potencias y las instituciones internacionales parece cada vez más necesaria⁸¹.

Una tarea similar a la de Tarrow, dirigida a analizar los procesos de cambio radical, se plantea desde la corriente de investigación más centrada en el estudio de las revoluciones, enlazando con la herencia de Barrington Moore⁸² y con trabajos como los de Tilly. Para ello se parte de la necesidad de “repensar el cambio radical en la era de la globalización”⁸³ y, por tanto, de redefinir una serie de conceptos, empezando por el de “revolución”, reubicar otros como los estados, reconsiderar las oportunidades y las contradicciones que afectan a los nuevos procesos revolucionarios (y, sobre todo, a la posibilidad de que generen unos resultados efectivamente revolucionarios) en función del contexto internacional y geopolítico en el que se den y, en fin, dar mayor relevancia a la “agencia” (o sea, a aquellos factores que estuvieron en segundo plano en muchos análisis demasiado estructuralistas del pasado, como las organizaciones sociales y políticas, la cultura, las ideologías, incluyendo en éstas a las religiones, la política simbólica o la memoria colectiva⁸⁴ y a la contingencia.

Para ir concluyendo..., por ahora

Después de este rápido repaso, en el que sin duda habría que haber hecho referencia a otras aportaciones, probablemente no menos interesantes que las mencionadas, el balance provisional que cabe sacar es que la Sociología Histórica ha tenido el enorme mérito de cuestionar los paradigmas dominantes en la teoría social y las ciencias sociales y, por tanto, también aquéllos que presidían el estudio de las Relaciones Internacionales. Con su contribución se ha hecho más fácil, entre otras cosas, hacer volver la historia a primer plano, revalorizar el papel de la fuerza y del poder militar desde un enfoque distinto al realismo, ir saliendo del etnocentrismo y, sobre todo,

repensar la conformación de los distintos tipos de poder y, en particular, los estados en un marco crecientemente interdependiente y global, y en progresiva interacción con otros actores, muy diversos, que compiten, cooperan o entran en conflicto con aquéllos a distintas escalas, muchas veces, combinándose y mezclándose todas ellas. Todo ello ha obligado también a analizar los momentos históricos de cambio según modelos multifactoriales, aunque prosigan viejas discusiones sobre la “primacía” de uno u otro factor o fuente de poder o sobre cuáles sean aquéllos que, en cada caso, permitan comprender la alternancia en la hegemonía o en el “adelantamiento” de unas regiones del mundo respecto a otras dentro de una ya larga historia de “globalización” del mundo que, sin duda, sigue abierta a nuevos desplazamientos de su(s) centro(s) de gravedad.

Mirando a ese futuro, posiblemente los seis principios que extrae Hobson como enseñanzas que para el estudio de las Relaciones Internacionales tiene la labor desarrollada por la Sociología Histórica deberían ser tenidos en cuenta críticamente, al igual que la agenda de investigación que junto a Hobden propone en las conclusiones de la obra por ambos coordinada⁸⁵. Del mismo modo, la “nueva síntesis” sugerida por Shaw, las sugerencias procedentes del constructivismo de Reus-Smit, del materialismo histórico crítico de Rosenberg o de la teoría crítica expuesta por Fuat Keyman y Smith también aparecen como propuestas no necesariamente incompatibles que apuntan a una renovación enriquecedora. Con estos y otros bagajes procedentes de muy distintos campos quizás se pueda llegar a sentar las bases de una “*comunidad dialógica*” abierta de académicos no sólo de la sociología histórica y las relaciones internacionales, sino también de la economía, la historia económica, la historia mundial, la política y la economía comparada, la antropología y la geografía político-histórica⁸⁶; una comunidad investigadora que deberá estar a la altura de los retos de una era como la actual en la que el futuro está abierto y, por tanto, en su construcción también habrá que tener en cuenta las alternativas - y las vías para llegar a ellas - que mejor contribuyan a construir una sociedad global justa y en paz en una Tierra habitable.

* **Jaime PASTOR** es Profesor Titular de Ciencia Política de la UNED.

NOTAS

¹BRYANT, Joseph “Grand, yet Grounded: Ontology, Theory, and Method in Michael Mann’s Historical Sociology” en HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power. The Social Theory of Michael Mann*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 2006, p. 71.

² ROSEMBERG, Justin “Why is There No International Historical Sociology” en *European Journal of International Relations*, nº 12, 2006. En prensa.

³ TILLY, Charles *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1991. La obra original fue publicada en 1984.

⁴ *Ibidem*, p. 30.

⁵ *Ibid.*, p. 177.

⁶ COLLINS, Randall “Mann’s Transformations of the Classic Sociological Traditions” en HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power*, Op. cit., p. 19.

⁷ EVANS, Peter B., RUESCHEMEYER, Dietrich y SKOCPOL, Theda (eds.) *Bringing the State Back In*. Cambridge, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

⁸ HALLIDAY, Fred “El Estado y la sociedad en las relaciones internacionales” en HALLIDAY, F. *Las relaciones internacionales en un mundo en transformación*, Ed. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2002, p. 106. La obra original fue publicada en 1991.

⁹ *Ibidem*, p. 108.

¹⁰ *Ibid.*, p. 115.

¹¹ SKOCPOL, Theda *Los Estados y las revoluciones sociales*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1984. La obra original fue publicada en 1979.

¹² *Ibidem*, p. 65.

¹³ HOBSON, John M. “The Two Waves of Weberian Historical Sociology in International Relations” en HOBDEN, St. y HOBSON, J. M. *Historical Sociology of International Relations*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 2002.

¹⁴ WALLERSTEIN, Immanuel *Análisis del sistema-mundo*, Ed. Siglo XXI, México-Buenos Aires, 2005, ps. 41-42. La obra original fue publicada en 2004.

¹⁵ Para una introducción reciente, acompañada de glosario y guía bibliográfica me remito a WALLERSTEIN, I. *Análisis del sistema-mundo*, op. cit.

¹⁶ WALLERSTEIN, Immanuel “El ascenso y la futura extinción del análisis de sistemas-mundo” en WALLERSTEIN, I. *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, Ed. Siglo XXI, Méjico, 2001, ps. 218-228.

¹⁷ ARRIGHI, Giovanni *El largo siglo XX*. Ed. Akal, Madrid, 1999. La obra original fue publicada en 1994.

¹⁸ ARRIGHI, Giovanni; SILVER, Beverly et al. *Caos y orden en el sistema-mundo*. Ed. Akal, Madrid, 2001. La obra original fue publicada en 1999.

¹⁹ Véase ARRIGHI, Giovanni “Comprender la hegemonía, 1” en *New Left Review*, nº 32, 2005, ps. 20-74; “Comprender la hegemonía, 2” en *New Left Review*, nº 33, 2005, ps. 24-54.

No obstante, su tesis sobre el “declive de la actual hegemonía estadounidense” es cuestionada en trabajos como los de Peter GOWAN, quien resalta los límites de la teoría de los ciclos hegemónicos para comprender las características diferentes de la actual potencia hegemónica, ubicada dentro de un “centro” políticamente plural, respecto a las que existían en anteriores etapas históricas (se puede consultar este debate en *Journal of World-Systems Research*, Vol. X, nº 2, 2004, visitando su sitio web <http://jwsr.ucr.edu>).

²⁰ HARVEY, David *El nuevo imperialismo*, Akal, Madrid, 2003.

²¹ GROSFUGUEL, Ramón “Actualidad del pensamiento de Césaire: redefinición del sistema-mundo y producción de utopía desde la diferencia colonial” en AIMÉ, Césaire et al., *Discurso sobre el colonialismo*, Ed. Akal, Madrid, ps. 147-172.

²² ABU-LUGHOD, J. *Before European Hegemony: The World System, A.D. 1250-1350*, Ed. Oxford University Press, Oxford, 1989.

²³ GUNDER, Frank A. *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, Ed. California University Press, Berkeley y Los Angeles, 1998.

²⁴ Véase TILLY, Charles (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*, Ed. Princeton University Press, Princeton, 1975; *Coerción, capital y los estados europeos, 990-1990*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1992. La obra original fue publicada en 1990.

²⁵ SKOCPOL, Theda *Los Estados y las revoluciones sociales*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1984. La obra original fue publicada en 1979.

²⁶ MANN, Michael, “El poder autónomo del estado: sus orígenes, mecanismos y resultados”, en *Zona Abierta*, nº 57/58, ps. 15-50. El artículo original fue publicado en 1984. Para una valoración crítica de las aportaciones de Skocpol y Mann, además de las de Anderson, en esos primeros trabajos sigue teniendo interés la contribución de Pablo Sánchez León en su artículo “La lógica del estado: autonomía política y naturaleza social”, en *Zona Abierta*, nº 61/62, Madrid, ps. 29-79.

²⁷ GIDDENS, Anthony *The Nation-State and Violence*, Ed. California University Press, Berkeley, 1985.

²⁸ Fue precisamente en trabajos como los mencionados en los que me apoyé para desarrollar mis modestas tesis sobre los estados, el militarismo, el pacifismo y el marxismo en la obra *Guerra, paz y sistema de Estados*, Ed. Libertarias-Prodhufi, Madrid, 1990.

²⁹ GOODWIN, Jeff “State-Centred Approaches to Social Revolutions. Strengths and Limitations of a Theoretical Traditions” en FORAN, John (ed.), *Theorizing Revolutions*, Ed. Routledge, Londres, 1997, ps.11-37.

³⁰ MANN, Michael *Las fuentes del poder social, I*. Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1991. Versión original publicada en 1986; *Las fuentes del poder social, II*. Ed. Alianza, Madrid, 1997. La obra original fue publicada en 1993.

³¹ HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power*, op. cit.

³² MANN, Michael *Las fuentes del poder social, II*, op. cit, p. 23.

³³ *Ibidem*.

³⁴ *Ibid.*, p. 25.

³⁵ HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power*, op. cit., p. 351.

³⁶ MANN, Michael *Las fuentes del poder social, II*, op. cit, p. 26.

³⁷ MANN, Michael “El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados”, op. cit.

³⁸ MANN, Michael *Las fuentes del poder social, II*, op. cit, ps. 89-90.

Entre esas fuentes de poder MANN ha recibido críticas por no haber destacado el papel específico de la ciencia y del conocimiento como un recurso propio o incluso como nueva fuente de poder. Como observa Goldstone, en un trabajo no publicado (“Modernidad y globalización”, 2000) MANN trató de corregir esto destacando la “ciencia racional secular” como una de las instituciones de poder de la modernidad pero sin considerarla como fuente de poder social distinta; en sus trabajos posteriores ha tratado de paliar esto “poniendo más ciencia dentro de mis cuatro fuentes de poder”, especialmente en el ideológico. Véase, HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power*, op. cit., ps. 377-378.

³⁹ MANN, Michael *Las fuentes del poder social, II*, op. cit, p. 26.

⁴⁰ *Ibidem*, ps. 85-86.

⁴¹ MANN, Michael “¿Acaso la globalización ha puesto fin al progresivo auge del estado-nación?” en PANIAGUA, J. y PIQUERAS, J. A. (eds.) *Poder económico y poder político*, Ed. Historia Social, Alzira-Valencia, 1998, ps. 165-166.

⁴² *Ibidem*, p. 127.

⁴³ *Ibid.*, p. 176.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 185.

⁴⁵ MANN, Michael “La globalización y el 11 de septiembre” en *New Left Review*, nº 12, 2002, ps. 5-26, Edición española. Versión original publicada en 2001.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 8.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 13.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 18.

⁴⁹ MANN, Michael *El Imperio incoherente. Estados Unidos y el nuevo orden internacional* Ed. Paidós, Barcelona, 2004. La obra original fue publicada en 2003.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 26.

⁵¹ *Ibid.*, p. 302.

⁵² Para una referencia completa de sus escritos originales en inglés, me remito al anexo final de HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power*, op. cit., ps. 397-399.

⁵³ POGGI, Gianfranco “Political Power Un-Manned: A Defence of the Holy Trinity from Mann’s Military Attack” en HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power*, op. cit., ps.

⁵⁴ WEISS, Linda “Infrastructural Power, Economic Transformation and Globalisation” en HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power*, op. cit., ps. 167-186.

⁵⁵ *Íbidem*, p. 168.

⁵⁶ Precisamente una obra colectiva coordinada por Linda Weiss, *States in the Global Economy*, tiene un subtítulo que es toda una tesis: “Bringing Domestic Institutions Back In”.

⁵⁷ WEISS, Linda “Infrastructural Power, Economic Transformation ...”, *op. cit.*, ps. 391-392.

⁵⁸ HOBSON, JOHN M. “Mann, the State and War” en HALL, J. A. y SCHROEDER, R. (eds.) *An Anatomy of Power*, *op. cit.*, ps. 150-166.

⁵⁹ HOBSON, JOHN M. *Los orígenes orientales de la civilización de Occidente*, Ed. Crítica, Barcelona, 2006. La obra original fue publicada en 2004.

⁶⁰ *Íbidem*, ps. 10-11.

⁶¹ *Ibid.*, p. 399.

⁶² No me resisto a la tentación de mencionar el dato curioso de que John M. Hobson sea bisnieto de John Atkinson Hobson, el famoso autor del *Estudio del Imperialismo*, publicado originalmente en 1902, y que sea a éste precisamente a quien aquél dedique su obra.

⁶³ Para este tema, en el que también se ofrece un estudio de las aportaciones de la Sociología Histórica, me sigue pareciendo útil la obra de PEÑAS Francisco J. *Occidentalización, fin de la Guerra Fría y relaciones internacionales*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1997.

⁶⁴ Reconociendo, eso sí, las limitaciones de su teoría y de su principal obra de referencia, *La sociedad anárquica*, entre ellas las que observan Caterina García, Andrew Hurrell o Stanley Hoffmann en sus prólogos aparecidos en la edición en castellano.

⁶⁵ HOBSON, John M. “The ‘Second Wave’ of Weberian Historical Sociology. The Historical Sociology of the State and the State of Historical Sociology in International Relations” en *Review of International Political Economy*, Vol. 5, nº 2, 1998, ps. 284-320.

⁶⁶ SHAW, Martin “The Historical Sociology of the Future” en *Review of International Political Economy*, Vol. 5, nº 2, 1998, ps. 321-326; “The State of International Relations” en Sarah OWEN-VANDERSLUIS, Sarah (ed.) *The State and Identity Construction in International Relations*, Ed. Macmillan Press, Londres, 2000, ps. 7-30.

⁶⁷ SHAW, Martín “The State of International Relations”, *op. cit.*, p. 30

⁶⁸ SHAW, Martín *Theory of the Global State. Globality as an Unified Revolution*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 2000

⁶⁹ SHAW, Martin *The New Western Way of War: Risk-Transfer War and Its Crisis in Iraq*, Ed. Polity, Londres, 2005; “Militarismo de transferencia de riesgo y la legalidad de la guerra tras Irak” en *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, nº 3.
www.relacionesinternacionales.info/RRII/N3/artshaw3.htm.

⁷⁰ HOBDEN, St. y HOBSON, J. M. (eds.) *Historical Sociology of ...*, *op. cit.*

⁷¹ *Íbidem*, p. 271.

⁷²BARNETT, Michael “Historical Sociology and Constructivism: An Estranged Past, a Federated Future?” en HOBDEN, St. y HOBSON, J. M. (eds.) *Historical Sociology of ...*, op. cit.

⁷³REUS-SMIT, Christian “The Idea of History and History With Ideas” en HOBDEN, St. y HOBSON, J. M. (eds.) *Historical Sociology of ...*, op. cit.

⁷⁴ROSEMBERG, Justin “Why is There No International ...”, op. cit.

⁷⁵FUAT, Keyman E. *Globalization, State, Identity/Difference*, Ed. Humanities Press, Atlantic Highlands, N.J., 1997, p. 205.

⁷⁶TARROW, Sidney *The New Transnational Activism*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

⁷⁷Los tres han publicado juntos una obra de referencia, *Dinámica de la contienda política*, basada en el estudio comparado de distintos casos de conflicto y confrontación entre regímenes políticos y movimientos sociales.

⁷⁸McADAM, D.; TARROW, S. y TILLY, Ch. *Dinámica de la contienda política*, Ed. Hacer, Barcelona, 2005, p. 25.

⁷⁹TARROW, Sydney *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1998. La obra original fue publicada en 1994.

⁸⁰TARROW, Sydney *The New Transnational Activism*, Ed. Cambridge University Press, Cambridge, 2005, p. 9.

⁸¹CAIRO, Heriberto y PASTOR, Jaime (comps.) *Geopolítica, Guerras y Resistencias*, Ed. Trama, Madrid, 2006.

⁸²SKOCPOL, Theda (ed.) *Democracy, Revolution and History*, Ed. Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1998.

⁸³FORAN, John (ed.) *The Future of Revolutions. Rethinking Radical Change in the Age of Globalization*, Ed. Zed Books, Londres-Nueva York, 2003.

⁸⁴SELBIN, E. “Revolution in the Real World: Bringing Agency Back in” en FORAN, J. (ed.) *Theorizing Revolutions*, Ed. Routledge, Londres, 1997; HALLIDAY, F. “El estado y la sociedad en ...”, op. cit.

⁸⁵ Esa “agenda de investigación sociológica mundial” incluye diez áreas analíticas para la investigación empírica y normativa que abarcan diversos niveles y objetos de estudio, siempre sobre la base de la superación de las barreras interdisciplinarias.

⁸⁶ HOBDEN, St. y HOBSON, J. M. (eds.) *Historical Sociology of ...*, op. cit., p. 275. Para las aportaciones desde la geografía político-histórica, John Agnew, *Geopolítica: una re-visión de la política mundial*, Ed. Trama, Madrid, 2005